

interés por la España visigoda, y particularmente por su cultura, corresponde al profesor Jacques Fontaine, autor de numerosas monografías de temática isidoriana, entre las que sobresale el monumental estudio *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, publicado en 1959, cuya segunda edición, notablemente enriquecida, apareció en 1984. En la línea del magisterio de Fontaine ha de situarse la edición crítica de las «Sentencias» de san Isidoro, tesis doctoral de Pierre Cazier, de inminente publicación y con la que ha de estimarse estrechamente relacionado el libro de que aquí damos noticia.

Cazier dedica la primera parte de su obra a lo que llama «l'environnement historique», el entorno histórico de Isidoro, examinando en primer lugar la cuestión de la familia y la razón de su traslado desde la Cartaginense a Sevilla, un tema que él investigó y sobre el que publicó un trabajo en colaboración con Fontaine. La postura de Isidoro ante el problema de la rebelión de Hermenegildo, la subsiguiente guerra civil y los largos años de su episcopado ocupan muchas páginas de esta primera parte, a propósito de las cuales deseo llamar la atención sobre dos aspectos que estimo importantes: en primer lugar, la evolución que el autor advierte en la actitud de Isidoro frente a los bautismos forzosos de los judíos en tiempo de Sisebuto, una evolución que, a mi juicio, sería todavía más pronunciada de lo que Cazier presume, si se tienen en cuenta ciertos textos de un concilio hispalense isidoriano no incluido en la «Hispania», y que han salido a la luz en la reciente edición crítica de la Colección canónica. El otro aspecto es la postura del episcopado ante la deposición de Suínthila por Sisenando, en que el punto de vista del autor es, en cierta medida, novedoso.

A esta primera parte histórica siguen otras cuatro que constituyen el núcleo principal de la obra, y llevan los siguientes títulos,

exponente fiel de su contenido: «L'enseignement doctrinal», «La conversion individuelle», «La morale de la vie en société» y «L'aboutissement des Sentences d'Isidore». Siguen todavía unas «Conclusiones» finales, divididas en tres capítulos. Cazier retrasa notablemente el momento de redacción de las «Sentencias». Frente a la opinión tradicional, que la fechaba en torno al 615, estima que su composición habría tenido lugar después del 630, esto es en la época del concilio IV de Toledo. Las «Sentencias» serían, a juicio de Cazier, la menos impersonal de las obras de Isidoro: en ellas habría dejado su huella el ambiente de su tiempo, por lo que tendrían valor como fuentes para el conocimiento de la realidad social; y, más aún, varias sentencias reflejarían el mundo interior de Isidoro y podrían revelar algunos rasgos de su personalidad. «Tous ces éléments —concluye Cazier— donnent aux *Sentences* une valeur différente de celle de ses autres oeuvres. Toutes ont l'apparence de traités techniques où la matière s'impose à lui et où l'organisation vient d'une réflexion intellectuelle sur son objet. Il y a de cela aussi dans les *Sentences*, mais celles-ci sont en plus l'expression de sa propre histoire». Una serie de índices —bibliográfico, de citas, autores, materias y nombres propios— completan el libro y facilitan su consulta.

J. Orlandis

**Clemente DE ALEJANDRÍA**, *El Pedagogo*, edición bilingüe griego-castellano preparada por Marcelo MERINO y Emilio REDONDO, Editorial Ciudad Nueva («Fuentes Patristicas», 5), Madrid 1994, 746 pp.

El tiempo histórico que le tocó vivir a Clemente de Alejandría está signado por dos acontecimientos especialmente relevantes: el encuentro de Grecia y Roma, o la integra-

ción de dos culturas: la *paideia* griega y la *humanitas* romana; el segundo acontecimiento es un nuevo encuentro, esta vez más determinante que el anterior, el que tiene lugar entre la cultura greco-romana y el naciente cristianismo. Clemente será el encargado no tanto de crear una nueva civilización como resultado de la integración de las anteriores culturas con el cristianismo, sino de incorporar y «salvar» todo lo que en el pensamiento greco-romano es reconciliable con el espíritu del Evangelio.

El *corpus* clementino, aun sin conservarse completo, es amplio no sólo en cantidad, sino sobre todo en calidad. Poseemos escritos provenientes de su pluma que constituyen tratados imprescindibles para el conocimiento de no pocos aspectos culturales y científicos de la época que vivió el autor alejandrino. Ciertamente, el *Pedagogo* es una de las obras del cristianismo primitivo que merece un lugar en la biblioteca del hombre culto de nuestros días.

El *Pedagogo*, juntamente con el *Protréptico* y los *Strómata*, forma la trilogía literaria que tradicionalmente se ha atribuido a Clemente de Alejandría, en la que se describe la obra salvífica del Cristo-Logos en favor de los hombres. En concreto, el libro que ahora presentamos, se refiere a la segunda parte del programa pedagógico diseñado por el Alejandrino: se dirige al hombre ya convertido y bautizado y a su educador y modelo: el *lógos paidagógós*, que cura al hombre de sus pasiones y le guía e instruye gradualmente, como a un niño, en los deberes de la vida cristiana. Así, los tres libros que componen la estructura del *Pedagogo* presentan dos partes claramente diferenciadas: el libro primero tiene como tema central la figura y la función del Logos-Pedagogo, mientras que los otros dos libros constituyen un tratado de moral —teórica y práctica—, que contempla los deberes concretos del cristiano, y le ofrece consejos, exhortaciones y modelos de conducta propios de la vida cristiana.

La presente edición del *Pedagogo* ha sido realizada por Marcelo Merino y Emilio Redondo, profesores de Patrología e Historia de la Educación, respectivamente, en la Universidad de Navarra. Ciertamente, la incidencia de las especialidades de las que son perfectos conocedores ambos profesores era necesaria para emprender con éxito el trabajo que se nos ofrece, porque el escrito de Clemente no sólo es frecuente en ideas religiosas y de tipo teológico, en el sentido más estricto, sino que esos pensamientos están intercalados entre no menos abundantes razones culturales, filosóficas y pedagógicas, en concreto. La realidad es que el *Pedagogo* ha interesado siempre a estudiosos de la teología (sistemática, moral y catequética) como de la pedagogía (historiadores y filósofos).

Lo primero que llama la atención de este volumen es la exquisita presentación de que hace gala la editorial española Ciudad Nueva. En verdad, no se han escatimado medios materiales en la presentación de esta joya literaria del primitivo cristianismo. Y nos referimos tanto a la presentación más externa del volumen (encuadernación en tela y sobrecubierta), como a la tipográfica (con caracteres, griegos y castellanos, perfectamente legibles).

La edición presenta el texto original griego con la correspondiente traducción castellana. El texto griego tiene en cuenta anteriores ediciones realizadas por Sylburg, Dindorf, Potter, Stählin y Marrou. En el aparato crítico se señalan las variantes más significativas de cada uno de los mencionados editores, y en la mayoría de los casos se ha preferido la fijación del texto realizada por el filólogo alemán O. Stählin. Los encargados de la presente edición han tenido la feliz idea de agregar, en el margen derecho del texto griego, las páginas correspondientes de las ediciones más importantes que se han realizado de este escrito de Clemente de Alejandría, y que no son otras que las de J.-P. Mig-

ne (PG), de O. Stählin (GCS) y de H.-I. Marrou (SC); este gran detalle facilita la comparación entre las distintas ediciones. A las variantes de crítica textual señaladas por los anteriores editores, la edición que nos ocupa ofrece también las aportadas por la investigación más reciente sobre el maestro Alejandrino. Pero el aspecto que más sobresale en este volumen es el que se refiere a los lugares paralelos, internos y externos, que se señalan; es éste un aspecto que mejora muy mucho las ediciones precedentes.

En lo referente a la traducción castellana, los editores afirman: «Hemos intentado conciliar la necesidad de ser fieles al texto griego transmitido... con la exigencia de claridad que merece, tanto el pensamiento del autor paleocristiano como el lector de nuestros días, no acostumbrado a la comprensión de textos como el que ofrecemos» (p. 40). Efectivamente, éstas son las condiciones elementales que se exigen en cualquier traducción. Me parece que lo conseguido por los actuales editores vá más allá: la traducción no sólo está bien hecha, sino que el texto castellano traduce también la belleza literaria pretendida por Clemente de Alejandría. Esta faceta no es fácil de alcanzar, porque los cánones literarios de aquella época no coinciden exantamente con los nuestros; sin embargo, los prof. Merino y Redondo la han conseguido con creces. Se trata, pues, de un libro que posee una lectura castellana fácil y literariamente bien hecha.

Un claro ejemplo de lo que decimos viene ya reflejado en el primer párrafo del *Pedagogo*. En las traducciones modernas de estas primeras líneas puede leerse más o menos: «Hemos construido para vosotros, mis pequeños, una base de verdad...». Interpretan el escrito mismo del *Pedagogo* como la «base de verdad». Por el contrario, los actuales traductores prefieren: «En nosotros mismos, mis pequeños, ha sido construida una base de verdad...». Es verdad que el original griego da

pie a ambas lecturas, tan diferentes la una de la otra, pero no es menos cierto que la preferida por los prof. Merino y Redondo se encuentra en mayor armonía con la antropología clementina y el contexto en el que se encuentra la expresión referida. Los ejemplos abundan en esta perspectiva.

Sin duda, una de las tareas más encomiables de los responsables de esta edición la constituye la recolección bibliográfica que se ofrece en las notas a pie de página de la traducción, ciertamente muy documentada. También en este punto debemos elogiar el trabajo bien hecho de los profesores Merino y Redondo. Además han sabido conjugar perfectamente dos elementos, que a simple vista parecen irreconciliables: la necesaria abundancia con la obligada sobriedad. El especialista que desee entablar un diálogo con los críticos modernos del Alejandrino tendrá motivos sobrados en la presente edición, como lo demuestra la abundante bibliografía que se aporta (pp. 43-63). De otra parte, el lector que esté interesado únicamente por conocer el pensamiento de Clemente podrá acceder a ello sin las ampulosas y molestas referencias que no pocas veces acompañan a esta clase de ediciones.

Junto a una sobresaliente y sobria Introducción, se encuentran también unos bien elaborados índices de lugares clementinos, de autores antiguos y modernos, y, finalmente, un utilísimo índice de materias, que hace referencia no sólo a términos sino también a los principales argumentos doctrinales que Clemente de Alejandría expone en su *Pedagogo*.

El trabajo que se nos ofrece merece nuestras mayores felicitaciones, tanto a los encargados de su edición como a la casa editorial encargada de su publicación. Libros como éste son los que enriquecen la cultura de un pueblo y son merecedores de nuestra mejor estima. Sólo nos queda animar a los prof. M. Merino y E. Redondo, junto a la Editorial

Ciudad Nueva, para que pronto veamos también publicadas las otras obras del maestro alejandrino, que aún permanecen ignoradas por la mayoría de los lectores de lengua castellana.

D. Ramos-Lissón

**Nicolás DE CUSA**, *De Possess*, introducción, traducción y notas de Ángel Luis GONZÁLEZ, Cuadernos de Anuario Filosófico («Serie Universitaria», 4), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1993, 87 pp.

**Nicolás DE CUSA**, *La cumbre de la teoría*, introducción, traducción y notas de Ángel Luis GONZÁLEZ, Cuadernos de Anuario Filosófico («Serie Universitaria», 9), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1993, 72 pp.

Nicolás de Cusa (1401-1464), un filósofo y teólogo original en la transición de la Edad Media al Renacimiento, de hondo conocimiento de las tradiciones platónica, neoplatónica, aristotélica (a través de Averroes) y escolástica, es el autor de estas dos breves obras dialogadas, *De apice theoriae* (1464) y *De Possess* (1460), ahora traducidas al castellano, introducidas y comentadas por el Dr. Ángel Luis González, en la Serie Universitaria de *Anuario Filosófico*.

El pensamiento de Nicolás de Cusa puede articularse en torno a su búsqueda (cumbre de toda investigación) de la definición más apropiada del Absoluto, teniendo en cuenta que «nadie jamás llegará a saciarse con lo que es mayor que toda comprensión, sino que se dedicará afanosamente siempre a intentar comprenderlo mejor» (*La cumbre de la teoría*, 2).

La especulación metafísica parte de la pregunta sobre qué sea esto o aquello, es decir, de la pregunta por la esencia o quiddidad de las cosas. Como señala Cusa, la pregunta

más alta es qué sea, una indagación sobre la quiddidad en sí misma. Así llega a darse cuenta de que toda investigación debería buscar la comprensión del Absoluto: la realidad más alta, sin duda alguna, y que merece toda la atención del estudioso. Pero, y aquí está uno de los temas del pensamiento de Nicolás de Cusa, el deseo intelectual que mueve al hombre a conocer qué sea lo más alto (del Dios cuya existencia se presupone), a conocer su esencia, su definición, su «nombre», parece estar dirigida al fracaso y, así, no sería posible una afirmación positiva del absoluto dada su inefabilidad (sólo es posible el deseo intelectual de llegar a él, pero no se lograría la visión, la contemplación cara a cara, salvo en el caso de la visión beatífica). Pero en cierto modo el hombre conocería algo del absoluto si, al menos, tendiera hacia él de un modo intelectual. Ante estos problemas, en la vía de su solución, se entremezclan las teorías gnoseológicas y metafísicas sobre Dios, el mundo, el conocimiento y la relación entre ellos.

El conocimiento del Absoluto no es adecuado y perfecto porque el Absoluto es lo infinito, eterno y para ser conocido por nosotros, ha de serlo mediante un entendimiento que se asemeje a él que es finito y limitado. Luego el entendimiento humano no podría en modo alguno lograr un conocimiento positivo de Dios (puesto que Éste es absolutamente inefable). En efecto, (*De Possess*, 40): «todo aquello de lo que se tiene un concepto, ciertamente está encerrado en ese concepto. Dios, en cambio, excede a todo eso». Es inefable porque (*De Possess*, 41): «no puede ser limitado o definido por nosotros con ningún nombre o término, ya que no puede ser concebido». Dios es inefable, pero podemos tener alguna noción de Dios por vía negativa.

Entendiendo la «docta ignorancia» como el modo de acercamiento intelectual al absoluto (único en esta vida, anterior a la visión beatífica), Nicolás de Cusa hace entender cómo